

Hilos maestros

Crónica de un taller de arte postal en el aula de un hospital

Anouk Devillé, Marta Malo, Elvira Megías¹



La ventana

¹ El taller de arte postal del que parte este texto se desarrolló en el marco del Programa [Una grieta](#), del Departamento de Educación del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Gracias a Cristina Gutiérrez Ánderez, por hacerlo posible, llamando a todas las puertas, consiguiendo el apoyo económico y haciendo un acompañamiento sensible que fue tirando pistas como miguitas de pan en el bosque. A su vez, la apuesta que subyace a este taller y sus reflexiones se inscriben en el espacio de investigación [Entrar Afuera](#), animado por Francesco Salvini (Pantxo), Marta Pérez, Carmen Lozano e Irene Newey. Gracias a les cuatro por su acompañamiento durante el proceso, sin cuya escucha y alianza esta experiencia hubiera estado mucho más limitada.

La araña suelta un hilo que flota en el viento hasta que encuentra un punto de anclaje. Es un hilo de seda proteico que sintetiza ella misma en su abdomen. Caminando sobre ese primer cabo convertido en puente, suelta un segundo hilo, que deja holgado y colgante. Se balancea sobre su centro para anclar desde ahí un tercer hilo descendiente, formando una Y griega suspendida entre ramitas de árbol o paredes oscuras de sótano. A partir de esta estructura básica, crea un bastidor exterior y un abanico de radios, asegurándose con meticulosidad si son suficientes y si el espacio que los separa no es excesivo. A continuación, dispone un nuevo hilo en espiral desde el centro. Le da con este último gesto resistencia a la tela, habilitándola para soportar su propio peso y el de eventuales visitantes. Tanto el diseño de bastidor y radios como esta espiral final permiten el desplazamiento de un punto a otro, pero también traducen los movimientos que se producen en otros puntos de la tela en vibraciones que la araña recibe. Es así como sabe si hay viento o si otro ser vivo ha llegado a la tela: amigo, depredador o posible presa.

Una vez que la araña termina este complejo tejido, se toma un descanso. Es entonces cuando tiende la espiral trampa, más apretada, sobre la primera. Utiliza para ello un nuevo tipo de hilo, elástico y pegajoso, en el que quedarán atrapados los pequeños insectos que le sirven de alimento.

En algunos estudios etológicos, denominan hilos maestros al primer tipo de hilo: el hilo que hace de sostén, de puente, de receptor de lo que sucede en cada punto de la tela desde otros puntos remotos, tan diferente del hilo pegajoso que sirve para la caza².

Las aulas hospitalarias son unidades escolares ubicadas dentro de un hospital. De acuerdo con el Portal “Aulas Hospitalarias”, del Ministerio de Educación, su objetivo es “atender escolarmente a los niños hospitalizados, al mismo tiempo que se ayuda a prevenir y evitar la posible marginación que, por causa de una enfermedad, puede sufrir el niño hospitalizado”³. No son, pues, aulas como las que encontraríamos en un colegio. No solo por su tamaño reducido y porque en ellas conviven niños y niñas de diferentes edades, sino porque quienes asisten a ellas están en tratamiento médico, ya sea ingresados o asistiendo al hospital de día. Lo que prima, entonces, lo que regula el ritmo de las tareas y de las actividades, es el criterio médico. La gravedad de la enfermedad, su evolución, la programación de intervenciones, tratamientos y citas con especialistas, así como el diagnóstico médico determinan si el niño o

² La primera vez que escuchamos hablar de los hilos maestros arácnidos fue de la mano de Nada Colectivo y su Proyecto Locus, que ellas mismas definen como “un #lugardeseguridad de y para lokes, lunátikes, majaras, chalades y atolondrades: <https://www.instagram.com/proyectolocus/>

³ <http://www.aulashospitalarias.es/>

la niña está listo para asistir al aula, si es mejor que reciba una visita en su habitación, o si, por el contrario, debe descansar de todo asunto escolar. También son motivos médicos los que dictaminan si recibe el alta hospitalaria definitiva y se incorpora a un colegio allá fuera, ya sea en su anterior centro escolar o en uno nuevo.

Así pues, las maestras que trabajan en estas aulas tienen que tener un enfoque flexible, especialmente atento a las necesidades del niño o niña y en constante comunicación, por un lado, con el equipo médico del hospital y, por otro, con el colegio de origen, donde se mantiene el expediente y al que se espera que el estudiante se reincorpore. Todo ello hace de estas aulas un umbral: esa fina franja que hay que cruzar para pasar de un espacio a otro –de la cama del hospital al pupitre escolar, del mundo sanitario de dentro, regido por los diagnósticos y los tratamientos, a la mundanidad abigarrada de fuera, en la que a veces es difícil sostener la propia fragilidad. Desde este umbral institucional, las maestras mantienen el hilo que une la escolaridad de los niños dentro del hospital con la escolaridad (a veces también con la vida) allá afuera.



Tomadas por imágenes arácnidas, pensamos que esos hilos, tejidos desde las aulas hospitalarias, entre un adentro sanitario y un afuera social, entre un afuera y un adentro escolar, podrían ser maestros, no solo en el sentido humano, sino también en el sentido animal: hacer de cabos puente, bastidor, radios y espirales de las vidas de gente pequeña en un momento de extrema vulnerabilidad; ser hilos que sostengan, que permitan balancearse e ir de un punto a otro sin caer, recibir las vibraciones que llegan desde puntos lejanos y ser capaces de leerlas y responder a ellas. ¿Qué tendría que pasar en el aula-umbral para que efectivamente la labor allí desarrollada fuera tejido de este tipo de hilos?, ¿para que el hilo fuera hilo (permitiera unir flexiblemente varios puntos entre sí) y para que deviniera maestro (hilo arácnido, hilo sostén, hilo transmisor)?

Con esta pregunta llegamos al aula de un hospital de algún punto de nuestra vasta geografía. No aspirábamos a contestarla: teníamos fantasía, pero no soberbia. Pretendíamos, por contra, abrir un espacio de exploración junto a estudiantes y maestras que unas y otras pudieran retomar cuando nosotras nos hubiéramos ido.



El marco de trabajo sería un taller de arte de una hora y media de duración una vez a la semana durante un lapso de tiempo muy breve: apenas un trimestre escolar, un total de 12 sesiones. La perspectiva, no obstante, era poder ampliar el proyecto hasta dos cursos escolares. Después de valorar las diferentes posibilidades, así como nuestra propuesta, nos ubicaron en el aula de la unidad de psiquiatría. Nos advirtieron que el grupo cambiaría, que los niños y niñas entrarían y saldrían, en función de su estado de salud, de su comportamiento y de sus altas y bajas hospitalarias.

El contexto no nos era ajeno. Cada una de nosotras teníamos experiencias propias como niñas y como madres en ese mismo hospital. Sabíamos (sabemos aún más después de un largo confinamiento, una pandemia y algún duelo) qué es sentirse frágil, temer a la finitud y a la catástrofe. También conocemos, por experiencias propias o ajenas, el miedo al estigma, a que te digan ¡loca!, que, en el mundo que conocemos, es otro modo de decir: los demás tienen derecho a decidir por ti, a intervenir tu vida.

Llevábamos en la mochila, además, algunos aprendizajes nutridos por la colaboración con Entrar Afuera. Entrar Afuera es un grupo de análisis institucional anclado en Madrid, pero muy vinculado a la experiencia de salud mental de Trieste, heredera de la revuelta psiquiátrica basagliana⁴. Merece la pena, para situar mejor lo que contaremos a continuación, explicar un poco más al respecto.

Allá por los años 60 del siglo pasado, al calor de la atmósfera social del largo '68, un grupo de psiquiatras, sanitarios, locos y activistas nucleados en torno a la figura de Franco Basalia inauguraron una ruptura radical con la psiquiatría tradicional, primero en la ciudad italiana de Gorizia y, luego, en Trieste. Denunciaron la función violenta de la práctica psiquiátrica y de su institución central, el manicomio frenológico, como responsable de la creación del “loco” como tal. Distinguiendo entre sufrimiento psíquico temporal, por un lado, e institucionalización, identificada como causa principal de la cronificación del sufrimiento psíquico, emprendieron un prolongado proceso de invención institucional con el objetivo de sostener la fragilidad (mental y de otro tipo), pero sin ningún tipo de encierro, contención mecánica ni cosificación de la persona: hacerlo desde los territorios y en procedimientos abiertos, transparentes, dialógicos y democráticos⁵. Pusieron el acento una y otra vez en derribar los muros, en convertirlos en

4 En la página web de Entrar Afuera (<http://entrarafuera.net>) hay abundante material en castellano sobre la experiencia triestina. Para ahondar más en los planteamientos y prácticas de salud mental de Trieste, consúltese también la página web de la Conferenza Permanente per la Salute Mentale nel Mondo: <https://www.confbasaglia.org/>

5 Véase Francesco Salvini, “Caring Ecologies”, *Transversal*, abril de 2019:

puertas, convencidos de que detrás de los muros (de lo que encierran, lo que callan y lo que ocultan), nacen los monstruos⁶.



La aventura

Aunque pudiera parecerlo, la revolución basagliana no es una historia del pasado: el sistema de salud territorial (salud en sentido amplio, no solo mental) que existe hoy en Trieste está basado en los principios que el impulso desinstitucionalizador materializó. Sus protagonistas son conscientes de la tendencia inercial de toda institución a cerrarse sobre sí misma, a reproducir modos de objetualización del otro, deshumanización y violencia, por lo que viven la desinstitucionalización como un proceso dinámico que es preciso abrir una y otra vez, en un diálogo intenso con el afuera: con quienes atraviesan periodos de sufrimiento

<https://transversal.at/transversal/0318/salvini/en>

6 EntrarAfuera, “Detrás de los muros nacen los monstruos. La institución abierta como lucha continua”: <https://entrarafuera.net/2019/04/02/detras-de-los-muros-nacen-los-monstruos-dietro-i-muri-nascono-i-mostri/>

psíquico, con sus familias, con espacios asociativos y comunitarios, con profesionales de otras disciplinas, con artistas, con maestros, con jardineros, con movimientos sociales y ciudadanos, con los tejidos vivos de la ciudad. No contentos con mantener vivo el sistema público con el que cuentan ni con defenderlo de los nuevos procesos neoliberales de privatización que lo amenazan, utilizan su legitimidad para generar intercambios transformadores con otros puntos de Italia y del mundo.

En nuestros trabajos preparatorios del taller de arte en el aula hospitalaria, tuvimos ocasión de reunirnos con Giovanna del Giudice, una de las psiquiatras que impulsó la desinstitucionalización en Trieste. “Vuestra mayor aportación”, nos dijo entonces, “será mirar a esas niñas desde una perspectiva no psiquiátrica”. Guiadas por este consejo, no quisimos conocer los diagnósticos de las estudiantes con las que estaríamos: no por desinterés, sino para acercarnos a ellas con la mirada fresca, desnuda de etiquetas. Giovanna también advirtió: “cuando el taller empiece a generar los efectos más interesantes, os cerrarán las puertas”. Nos hubiera gustado mucho que se equivocara, pero por desgracia, acertó.



Como nuestro abdomen no está dotado de glándulas que sinteticen hilo de seda, decidimos tomar estrategias del arte postal para fabricar nuestros hilos maestros.

Hace ya ocho décadas que un jovencísimo Ray Johnson, aún estudiante de secundaria, empezó a mandar por correo objetos, *collages*, cartas y postales con mensajes e ilustraciones tanto a amigos como a desconocidos. Lo que empezó siendo un gesto juguetón se convirtió en una práctica artística sistemática que tejía red y posicionamientos críticos a escala internacional.

Se suele señalar 1972 como momento álgido del movimiento del arte postal, que huía de los circuitos comerciales, de la idea de autor, buscaba el encuentro azaroso y los vínculos que se activan con el ir y venir de sobres y paquetes. El servicio postal permitía saltar todo el sistema de selecciones, jurados y ventas del mercado del arte; también burlar las fronteras y las censuras. La única restricción la marcaba la propia oficina de correos y lo que estaba dispuesta a aceptar como paquete. Lo artístico podía invadirlo todo: los sellos, los sobres, el dorso de la postal, pero también el anverso, el mismo texto de los mensajes, en forma y contenido. El valor de la “obra” se medía por el impacto en quien la recibía, su capacidad de con-moverle. Algunas estaban intencionalmente incompletas, invitando a una conversación, a seguir activando envíos, como aquellas que Ray Johnson mandaba con instrucciones como “por favor envía a...” o “completa y devuelve, por favor”⁷.

Desde el espacio umbral del aula hospitalaria, desde la mutabilidad del grupo con el que trabajaríamos, desde las obturaciones que ya empezábamos a intuir, pensamos que el *mail art* era exactamente la estrategia que necesitábamos. “Crea una postal para enviársela a la persona que tú quieras” era una propuesta sencilla que, en su reiteración, estaba preñada de práctica hilandera. Nos permitía, en primer lugar, anclar nuestros hilos: proponer viajes sensoriales para percibir de otro modo el lugar desde el que escribimos –y por lugar nos referimos al cuerpo, el propio y el de otras, la voz, los diferentes espacios del hospital, sus alrededores, los espacios de un museo de arte. Nos permitía estallar, taller a taller, los modos aprendidos donde no podemos colorear sin salir de la línea, la letra bonita es regular y caligráfica y siempre buscamos la mirada confirmadora del profesor para saber si lo que hemos hecho está bien.

A partir de la sencilla estructura de una postal en blanco, podíamos hacer uso de técnicas como el *collage*, la escritura automática, el cadáver exquisito, para que la seda de nuestros hilos fuera capaz de transmitir las vibraciones emitidas desde donde estábamos, más allá de juicios estéticos estrechos sobre lo bonito y lo feo. La postal era también un modo de

7 Para profundizar sobre la práctica artística de Ray Johnson y su *New York Correspondence School*: <http://www.rayjohnsonestate.com>. Sobre arte postal en castellano, consúltese la página web de la Factoría Merz Mail: <https://www.merzmail.net>

activar diálogos imprevistos entre el dentro y el afuera: un modo de tender hilos entre los destinatarios, elegidos cuidadosamente por las propias chicas o al azar; conversaciones de ida y vuelta sobre las que luego sostenerse y caminar, aunque fuera un poco.

Lo que sigue es una crónica impresionista de lo que sucedió. De todo lo que no logramos y de lo que sí. Si algo determina la salud mental es el secreto y el estigma que la rodea: el muro que habita en nuestras cabezas y que es el más difícil de derribar. Por eso ni los nombres ni los lugares aquí mencionados son reales, muchos datos están omitidos o desplazados, hay saltos adelante y hacia atrás. Es el modo que hemos encontrado de acercarnos a los detalles sin traicionar a nadie.



Diario de bitácora



Personajes:

Nosotras, las extranjeras. Tres, más la Madrina

La vocista y los performers. Tres en total. Artistas

La coordinadora, dos maestras titulares, cuatro maestras en prácticas, cuatro enfermeros, un psicólogo titular, tres psicólogos en prácticas, una psiquiatra en programa de intercambio

Un grupo variable de quince niñas entre los 7 y los 13 años. Dos niños de 11 años.

Espacio: un aula de 3 metros cuadrados en el Hospital Público San Juan de los Martirios. El aula da a una segunda sala, más amplia, con un gran ventanal, que hace de distribuidor. Afuera, un patio, desde el que se pueden avistar otros pabellones: son las habitaciones de las internas. En el otro extremo, las consultas médicas. En el lateral, una última puerta, desde la que se accede a un descansillo y un largo pasillo. Es la planta baja del hospital, donde están las consultas externas y el hospital de día. En la puerta del hospital hay una fuente.

Tiempo: 2 meses a.C (es decir, antes del confinamiento. El Covid-19 ya estaba entre nosotras pero no lo sabíamos)

Desarrollo

Año 27 a.C. Estuve aquí. Fue solo un día, pero la psiquiatra me enseñó tres cajas de pastillas que debería tomar. Bastó para saber que, si no reaccionaba, tendría que entregar mi libertad. Afortunadamente, encontré las fuerzas que necesitaba para resucitar de mí misma. Me libré y no tuve que volver. Otras no tienen tanta suerte.

Semana 8 a.C. Una sala pequeña, muchos adultos, igualan en número a las niñas. Antes de empezar, nos saluda el psicólogo: le decimos que sería bueno hablar, por si nos puede dar algunas pautas. Sonríe, hace un gesto que parece decir: "no tengo tiempo". Añade: "aquí tenéis de todo" y empieza la ristra de patologías, haciéndonos indicaciones con el dedo de a quién corresponde qué. Cerramos los oídos como quien cierra los párpados: que nada entre.

Sentadas en círculo, niñas y mayores, abrimos el cofre que hemos traído. Cada día vendrá con algo diferente y pasará de mano en mano. Pequeño ritual de comienzo. Esta vez hay amuletos, lápices de colores, tijera y pegamento, muchas revistas de papel satinado, postales en blanco, atrapasueños. Atención máxima. Un cosquilleo y una sonrisa recorre la sala. Hay también postales escritas para ellas.

Amy habla sin parar. Es chiquitita, temblorosa, risueña. Busca una y otra vez el contacto y la mirada de aprobación del adulto. En un momento, quiere contar un chiste: "¿qué le dice el cacao a la leche? ¡Échame un polvo que estoy calentita!". Las maestras se sonrojan, cambian de tema. Una niña más mayor dice: "ese chiste lo ha visto en youtube". "No", niega ella rotundamente.

Algunas niñas no conocen lo que es una postal. Les fascina poner el sello, decorarlo. Preguntan con maravilla: "¿de verdad le llegará a la persona que quiero? Vive muy lejos". Y nos indica un lugar a apenas doce kilómetros de donde estamos. Nos reímos cómplices. "Sí, llegará".

Rodrigo escribe: "echo de menos a mi hermano", pero luego lo tapa con papeles. Está por un ingreso breve. Miguel, que viene también como Rodrigo, hace un dibujo muy preciso, que luego va tiñendo de color con pegatinas, meticulosamente. Le cuesta pegar los trozos recortados y no parece disfrutar mucho. "Me ha salido mal, como siempre". Celia escoge un fondo ya hecho y corta encima una figura femenina de espaldas. Dirige su postal a sí misma: "Querida yo, eres una persona maravillosa".

Carla, a su lado, hace postales a sus amigas. Está muy ilusionada con poder enviárselas. Ainara, un poco más lejos, corta minuciosamente tiras de color y hace un estampado rayado.

Amy no deja de parlotear, pero también de temblar mientras trabaja. "Quiero hacer un arcoiris", declara al principio. Va pegando pegatinas de colores, pero duda mucho. Las pega y las quita. Sus manos le tiemblan tanto que tiene verdaderas dificultades para cortar y pegar. Me mira, la animo con la mirada a continuar, trato de transmitirle con los ojos todo el calor y el aliento del que soy capaz. "Lo importante no es crecer, sino olvidar", dice. Cuando recogemos, casi todos han hecho una postal.

En la ronda de palabras finales, se oye: arcoiris, ilusión, cariño, paz. Amy, que eligió arcoiris, añade al final "olvido".



Año 5 a.C. Cuando mi hija tenía dos años se puso muy malita y tuvo que ingresar en este hospital. Durante tres semanas, todos los días, salíamos al patio a buscar aventuras. Así conocimos a los gatos del parking. Y nos hicimos amigas de una chica que se sentaba todas las tardes a mirar por la ventana. No sé cómo la vimos por primera vez, pero enseguida mi hija se puso a saludarla. Y así todos los días siguientes. Nunca hablamos, pero nos ponía contentas vernos desde la distancia. Un día ya no estaba. Nos alegramos y pensamos que en poco tiempo nosotras nos iríamos también.

Semana 7 a.C. Hoy el grupo es pequeño: ha habido altas y también recaídas. Nos reciben con alegría y nos preguntan juguetonas ¿os acordáis de nuestros nombres? Ya saben a lo que venimos y nos hacen saber que les gusta.

Arrancamos con un "parte metereológico": ¿qué tiempo hace hoy por nuestros adentros? Una a una van hablando y descubrimos que hay muchas nubes y lluvia. Hay un sol que más que brillar parece pedir que otros soles le den calor. Hay sorpresa y emoción cuando al meter la

mano en el cofre salen cámaras grandes. Se incorporan al grupo tres jóvenes que vienen de la planta de ingresos. Será la primera y única vez. La fuerte medicación es como una persiana levantada entre ellas y nosotras. La más mayor tiene trece años.

Jugamos al veo-veo y todas miran hacia el gran ventanal. Será lo que más fotografíen luego, junto con algunas flores dibujadas. Carla hace sus propias composiciones con objetos, combinando flores con cámaras. Ainara busca una y otra vez los espacios por los que se atisba el cielo. Imprimen algunas de sus fotos, componen con ellas sus *collages*.



La mayoría decide escribir a sus amigas y a su familia. Ainara escribe a su gemela, también ingresada, pero separada de ella. Hace tiempo que no se ven. Una de las chicas de planta escribe a su madre. Laura escribe a una chica que conoció en planta, cuando estaba ingresada. A todas les importa mucho que las postales lleguen a su destino: ¿de verdad que las recibirán?

Los seis adultos de pie, en un espacio tan pequeño, hacen que las que estemos sentadas, la mayoría niñas, nos sintamos muy observadas. Cada tanto se oye un “qué bonito” o una instrucción sobre qué hacer. Al salir, hablamos del ambiente de control y desconfianza que esta supervigilancia genera. “Las cadenas de desconfianza matan la educación”, dirá la Madrina. Le preguntamos a la coordinadora si en futuras ocasiones no se puede reducir el número de adultos o si no podrán tal vez incorporarse a la dinámica como uno más, en lugar de estar de pie observando. Aceptan. Nos llena de elogios: “no os dais cuenta de lo extraordinario que es lo que ha pasado. No es fácil que se entusiasmen con algo, siempre están instaladas en el no sé, no puedo, no soy capaz, en la apatía. Hoy no ha habido nada de eso”.



Año 39 a.C. *El primer recuerdo que tengo en mi memoria soy yo en una bañerita. Es una enfermera la que me baña. Tengo tres años y estoy en este mismo hospital ingresada.*

Semana 6 a.C. Cuando llegamos al aula hay cierto clima de alborozo. Está Celia, están Amy, Ainara, Laura, Carla. Ahora sí que nos sabemos los nombres. Hay dos niñas nuevas, muy pequeñas, siete años como mucho. Nos cuentan que no han querido comer en todo el día, que han llorado sin parar. Una maestra nos dice: “las compañeras les han dicho que tienen suerte, porque ‘hoy vienen las del arte, es el mejor día’”. Carla lleva toda la semana mirando el buzón a ver si llega la postal que hizo la semana anterior para su familia. La dirección estaba incompleta y ahora juntas la completamos ante su mirada impaciente.

El cofre inicia su giro y cada objeto es una fiesta. Viene cargado de todo tipo de objetos sonoros poco habituales. Triunfa el micrófono que distorsiona la voz. Al final de la primera vuelta, se incorporan las dos pequeñas. Dicen su nombre con un hilillo de voz: Martina y Kumi. Cuesta la vida llamar su atención para que levanten la vista. Martina saca una kalimba del cofre, la animamos a tocarla, todas, también sus compañeras. Según va pulsando las teclas, con mucha dificultad, hay algo que empieza a relajarse en su cuerpo diminuto.

Aparece el psicólogo para supervisarnos y se apresuran a enseñarle el micrófono distorsionador. “Mira, como las voces que tú oyes”, le dice a Laura. Pienso que es feo que exponga algo tan íntimo ante todas: como un modo de afirmar ante nosotras que él sabe lo que de verdad sucede con todas y cada una.

Iniciamos un recorrido. El punto de partida es el patio. Me doy cuenta que es la primera vez que estoy allí. Tienen un pequeño huerto, carteles coloridos con los nombres de las diferentes plantas, maderas pintadas en la valla del fondo. Es un lugar hermoso.

Repartimos mochilas invisibles. La mitad del grupo se venda los ojos, mientras la otra mitad hace de lazarillo. Las que están vendadas, tienen el encargo de ir guardando en sus mochilas invisibles los sonidos más preciados. Hay risitas y emoción. De repente somos como una nave espacial, surcando el espacio hospitalario. Adultas y pequeñas nos sumamos gustosas al juego, nadie corrige a nadie, todas nos dejamos llevar. Solo Amy se asusta con la oscuridad. “Tengo la sensación de que me voy a caer por una escalera”, dice. La imagen de la escalera se repite en ella durante toda la sesión. Pero es valiente. Cada poco se quita la venda, para mirar alrededor, para mirarnos, para asegurarse que todo está bien. Una y otra vez, aprieta mi mano y se vuelve a vendar los ojos.

Pasamos por la lavandería y por un momento se interrumpe el sonido atronador del pasillo,

que es el lugar de circulación de todo el que entra y sale del hospital, la arteria de conexión con la calle. Solo el sonido sincopado de la maquinaria rompe el silencio. El grupo empieza a afinar el oído, a tomar más conciencia de los sonidos que nos rodean. Vivimos un momento de intensidad parecida al entrar en la capilla, invadidas por el incienso. También al salir del edificio. El agua de la pequeña fuente de la entrada se convierte en arrollo, en cascada. Somos agua. Al volver a entrar, la bruma sonora estridente del pasillo se hace casi insoportable.

Reunidas otra vez en el aula, revisamos los sonidos que cada una ha guardado en su “mochila invisible”. Muchos son del pasillo: pasos, la fricción con el papel de la pared al pasar, zapatos de tacón, un niño que llora. Después de una pausa, salimos otra vez, esta vez con grabadora, a recoger esos mismos sonidos.

Las niñas van encantadas con los micrófonos profesionales y los cascos puestos. El grupo de las mayores se mueve en pandilla: cuando una descubre un sonido, todas corren juntas hacia él. Carla comenta cosas cual reportera: nombres de amigas que nos cruzamos, el extrañamiento de las miradas y también su complicidad con las otras del grupo. Se repiten “te quiero” unas a otras, como un mantra, un pacto de fidelidad, una señal de alegría.

[[Escucha el audio SOMOS REPORTERAS](#)]

Las pequeñas van de otra manera, cada una a su ritmo. Kumi parece necesitar ruido todo el rato en su micro: a veces lo golpea contra la pared o le da toquecitos rítmicos con la mano. Amy graba un mensaje secreto: un consejo de supervivencia para las niñas del futuro.

De regreso, haciendo postales, por fin salimos de lo figurativo. Hasta Kumi, que empieza pintando unas esmeradas flores, se explaya en los mil azules del cielo y añade a las flores unas tierras marrones movedizas. En el dibujo arcoiris de Amy, aparece de golpe el color negro. Nos habla de esa escalera por la que teme caer cuando todo está oscuro.

[[Escucha el audio GOLPEA MATERIAS](#)]



Ese día todas se apresuran a poner direcciones en sus postales. Quieren que, sea como sea, lleguen a sus destinatarios. Ainara se la manda de nuevo a su hermana gemela. Laura a una amiga, Carla a su familia. Celia se la dedica a las profes: nos enteramos que esa semana le darán el alta. Yo le dedico una postal a las más pequeñas. La coordinadora nos dedica una a nosotras.

Cerramos grabando una ronda de palabras. Las miradas están iluminadas. Aplaudimos. Cuando miro la hora, me doy cuenta que nos han dejado media hora más de margen. Estamos abriendo dentro, me digo.

Año 42 a.C. La escalera. Me acerco. Es mecánica. Pongo el pie sabiendo que me voy a caer. Toda la pendiente me atrapa. Me agarro fuerte al pasamanos. Atravieso el miedo cerrando los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, estoy tranquilamente de pié, montada en la escalera.

Tenía dos años cuando me caí por una escalera mecánica. El día que lo recordé, dejé de tener vértigo.

Semana 5 a.C. Esta mañana, muy temprano, ha llegado una postal al aula. Es para todas las niñas. Se la manda la vocista, que visitará más tarde el taller para guiar una sesión de canto. Les pide que se fijen, a lo largo del día, en qué lugares del cuerpo sienten frío.

A las 11:15, mientras las muchachas salen a jugar al patio, cambiamos el espacio de cabo a rabo: sillas y mesas fuera, persiana entornada, un pequeño flexo en un rincón, cojines en el suelo, una luz suave de fondo.

Al entrar, hay miradas de sorpresa. Todas se sientan en un círculo. Les pedimos que cuenten para Manu, que ha llegado hoy nueva, qué hacemos aquí. “Manualidades”, dice Carla. “Cartas”, completan Amy y Ainara. Hacemos una ronda rápida de partes meteorológicas y abundan las tormentas y las nubes.

El cofre gira y esta vez solo hay saquitos de tela estampada rellenos de arroz: uno para cada una.

Nos ponemos de pie y comenzamos. La vocista les lleva sabiamente por un camino de conexión con el cuerpo. Ocupar el espacio, masajearse, respirar, buscar los lugares de frío, llevar calor... Cuando les repartimos los saquitos, después de pasarlos por el microondas, hay exclamaciones: “¡qué calientes!”. Las más pequeñas se entregan al viaje, dubitativas pero dejándose llevar. Sus movimientos son tímidos y chiquitos, pero fluidos. Kumi coge de la mano intermitente a quien tiene más cerca para darse fuerza: a veces es Carla, a veces Martina. Amy da saltitos para sacudir las sensaciones que la recorren. En las mayores hay más incomodidad: las manos se retuercen, el cuerpo se resiste a moverse, hay zonas (el vientre, el sexo, el culo) que siempre se saltan cuando nos estamos masajeando. El pie zapatea inquieto, los brazos se cruzan defendiéndose.

La vocista les anima a explorar la voz. El silencio pesa demasiado y las voces, suaves y timidisimas, no se animan a levantarlo. La vocista nos ha invitado a participar, pero el espacio es tan pequeño que las adultas, sin necesidad de hablarlo, nos hemos echado a un lado para dejar espacio a las pequeñas. Sin embargo, ahora, que el espacio no lo ocupan los cuerpos,

sino las voces, suelto la mía para ayudar a esas voces pequeñas, para construir un colchón de voz que les quite el miedo a caer. Y ahí dejo de ser mera observadora y hay cosas que se me empiezan a mover. La Madrina luego dirá que con la voz es imposible mentir. Así es: es tan fácil notar los lugares donde el aire no circula, se bloquea, no pasa. Siento como algunas resistencias ceden y mi cuerpo se va convirtiendo poco a poco en una gran caja de resonancia, donde las voces de todas y la mía danzan juntas y van abriéndose cada vez más espacio. Las voces, monocordes, tiemblan. Como si tragarán un grito que no se atreven a soltar. Cuando la vocista nos invita a cantar canciones de amor y cuna, trato de reconocer nanas en la voz de las otras, pero son apenas murmullos: canto íntimo.



La vocista les anima a sentarse, en círculo, muy cerca, y, después, a inclinarse y conectar sus cabezas. Todas juntas forman un solo cuerpo, una gran flor. La habitación entera es puro trance. A indicación de la vocista, empieza el flujo de palabras: animal, cabeza, culo, hola,

adiós, incomodidad. Imposible saber quién dice qué. Es emocionante su compromiso de no dejar espacios vacíos. Llega un momento en que la cabeza deja de pensar y aflora lo que hay ahí, profundo: oscuridad, miedo, rabia...

Se levantan y les invitamos a un ejercicio de escritura automática. Las mayores, tan cohibidas con el cuerpo y la voz, ahora son puro torrente escritor. Las pequeñas combinan pequeños dibujos con palabras sueltas. Todas las miradas van hacia Amy, que dibuja con furor y pasión una gigantesca mancha negra, que tapa una palabra o un nombre que escribió nada más empezar. Recuerdo que el día anterior, mientras pintaba, yo les dije: “a veces está bien no pensar qué vamos a pintar y dejar que sea la mano la que lo decida”. Ahí ya apareció el primer negro, todavía pequeño. Hoy el negro lo inunda todo en su hoja.



Subimos las persianas y les animamos a componer fragmentos de lo que han escrito y dibujado para hacer su postal. Amy nos mira, parece pedir permiso para seguir con su mancha negra. Nadie la corrige o detiene y ella prosigue con extrema dedicación. Quiere usarla para su postal. Le ayudo a cortarla, quiere que coincida exactamente con el dorso de la tarjeta. Solo luego, cuando decide que las destinatarias de la postal serán su madre y su abuela, añade sobre el negro pedacitos de tela estampada con flores, la misma tela de los saquitos que nos dieron calor. Es la primera vez que se anima a mandar lo que ha hecho.

El tiempo se acaba, pero nadie se quiere ir. Hacemos un círculo para la ronda de palabras. Se repiten las de otras veces: arte, paz... Aplaudimos y ahí nos quedamos todas, como tontas, quietas, mirándonos. Realmente nadie se quiere ir.



Intermezzo. Durante toda la duración del taller, las niñas reciben postales de un personaje imaginario. Se llama Estrella. Les habla de su vida, del arte postal, les dice que tiene ganas de conocerlas. A veces les hace propuestas para el taller. Las niñas nunca pedirán detalles de ella: quién es, por qué les escribe. En el año 1 d.C., meses después de que termine el taller de arte postal en el aula hospitalaria, otra Estrella, de 14 primaveras, ingresará en una unidad psiquiátrica.

En Wild Seed, una novela de la escritora de ciencia ficción feminista Octavia Butler, las personas con una alta sensibilidad viven en algún momento de la adolescencia violentas transiciones donde rozan la muerte y la locura. El momento exacto varía en función de la persona, pero se sitúa entre los 10 y los 23 años. Quienes sobreviven resultan seres adultos poderosos. Pensé en las adolescencias difíciles, como la de Estrella. Cuánto ayudaría pensarlas como transiciones

Semana 5 a.C. Hoy visitamos un museo. Paso por el hospital a recoger a las chicas del taller. Me doy cuenta que es la primera vez que voy tan temprano. En el aula esperan impacientes buena parte de las niñas. Están Joana, Kumi, Martina, Manu... Ainara llega tarde. Su madre se despide y le deja a una enfermera una tableta de pastillas. Por primera vez soy consciente de que muchas de ellas toman psicofármacos. Laura también llega tarde y dice con una sonrisa que casi no le cabe en la cara: "ya estoy de alta". Ha venido solo para no perderse la excursión. Hay otra chica nueva, Alicia.

No me doy cuenta hasta mucho más tarde que Amy ya no está: le han dado el alta. Pienso en ella, en su vitalidad, pero también en ese cuerpo dañado habitado de temblores. Ella quería salir pronto. Ojalá ese mundo de fuera sea amable con ella, sepa sostenerla.

En un clima de euforia nos despedimos de Ángel, el psicólogo, que se disculpa por no poder acompañarnos. La numerosísima expedición cuenta además de las docentes con las enfermeras al completo y tres psicólogas en prácticas, que no abrirán la boca en todo el recorrido.

Nos reciben con alegría en la plaza de entrada al museo. Hay abrazos e intercambios de sonrisas. Aparecen dos performers que, en completo silencio, colocan a todo el grupo en línea. Solo con gestos, nos cuentan que vamos a hacer una película dentro del museo, con una

cámara invisible. Nuestras manos marcarán los planos de la película y con una palmada podremos pasarnos la cámara de unas a otras. Es importante que todo el equipo esté muy atento.

Entramos en el museo y empezamos el recorrido, con una mezcla de escepticismo y curiosidad. Los primeros planos los hacen los performers, y enmarcan algunas grietas en las paredes del edificio. A los adultos les cuesta jugar y se convierten enseguida en un elemento de disipación, más que de concentración. En cambio, las chicas tienen los ojos y cada uno de sus poros muy abiertos. La primera sala a la que entramos es un espacio amplio con bloques gigantes de metal oxidado. Un audio acompaña los planos que van apareciendo entre nuestras manos, resaltando manchas y rugosidades en la superficie de los bloques. Manu recibe la cámara invisible de uno de los performers, pero el rostro y el cuerpo se le encoge. Se coloca frente al gran bloque metálico e intenta elevar las manos con un gesto de sufrimiento extremo. A pesar del sobreesfuerzo que le supone, hace un plano minúsculo antes de pasar la cámara invisible a otra compañera. Después me contará que le da mucha grima el metal y el óxido. Todas las chavalas acaban haciendo un plano, parece que empiezan poco a poco a entrar en la práctica. También invitan a algunas adultas.



Salimos al jardín y aprovechamos para hacer la pausa del desayuno. Los ritmos de las comidas están muy regulados y no nos podemos saltar ese descanso. Es también el momento de ir al baño, algo que las chicas hacen acompañadas. Las adultas deben supervisar ese momento íntimo y son las únicas autorizadas para tirar de la cadena.

Después de este ritual, que vuelve a colocar la enfermedad y el diagnóstico en el centro, retomamos el paseo por un largo pasillo. En lo alto, hay dispuestas esculturas de cabezas con el rostro contorsionado. Con un micrófono de juguete, los performers le ponen voz a las dos primeras y enseguida pasan el micro a las chicas para que repitan el gesto. Ainara no logra sacar un sonido audible de sus labios. Otras sí. De hecho, se van animando. Las risas se sueltan y se las vez más imaginativas de repente.

Después de algunas paradas más y un baile de cierre, nos vamos en búsqueda de un lugar tranquilo para hacer postales que enviar desde el museo. Aprovechamos el trayecto para seguir jugando con la cámara invisible. Somos nosotras las que empezamos a crear planos, pero en esta ocasión las propias niñas piden la vez para continuar el juego. Van buscando ávidas detalles en el espacio que enmarcar con sus manos chiquitas. “La rebelión consiste en mirar una rosa hasta pulverizarse los ojos”, escribió Pizarnik.

Manu tiene fobia a los ascensores. También al abrigo que lleva, al rosa y a muchas partes de su cuerpo. Le proponemos no coger el ascensor y subir juntas por la escalera. Apartadas del gran grupo, el ascenso se convierte en un momento íntimo donde compartir pequeñas confesiones. Me doy cuenta que mientras las maestras utilizan siempre la versión extendida femenina de su nombre, Manu insiste en nombrarse y firmar con su diminutivo neutro.

Improvisamos un lugar de picnic en una galería luminosa de la tercera planta. Desplegamos una tela, cojines, postales en blanco, tijeras, pegamento y fotografías de algunas de las obras que hemos visto. Las más atrevidas son las pequeñas, que se lanzan a recortar e intervenir las reproducciones de obras de arte. Ya conocen la dinámica del taller y traen pensado a quién quieren dirigir su postal. Todas lo harán a amigas. Manu escribe a Pedrito: “es mi primo, me hecha mucho de menos, vamos al mismo colegio”. Es la primera referencia que aparece en todo este tiempo a los colegios donde estudiaban antes de ingresar en el hospital.

Hoy se despide Laura y también es el último día de Joana: esta semana le dan el alta, quizá también a Ainara. Nos despedimos de ellas, se van con sus postales. Manu dice con tristeza:

"nos vamos a quedar solas". Ella también quiere salir ya. Entre ellas hablan de las otras chicas que quizá se incorporen al hospital de día: son chicas que están aún en fase de ingreso y no pueden comunicar con nadie. Lo antes innombrable, el espacio de encierro hospitalario, va apareciendo muy lentamente en el taller. Laura valora: "no, Julia aún está con sonda, le quedan un par de semanas antes de salir". Se conocen ya los tratamientos, las fases que tiene que recorrer cada una. Este es el tabú permanente de nuestro taller, oculto tras las sonrisas. Nunca nos han querido hablar mucho de esta otra realidad. Nosotras no hemos preguntado tampoco. No estamos ahí para eso.



La sensación, después del paseo en el museo, es ambivalente. Sentimos que nuestro "taller postal" está en un espacio de umbral, ese centro de día que es lugar de tránsito entre el encierro y el afuera, por el que van pasando las niñas y las muchachas. Sentimos la necesidad de ir un poco más allá en el proceso de investigación sensible de ese umbral, donde todo

sigue tan vigilado: cada ingesta, cada defecación, cada paseo...

Semana 3 a.C. Aún no lo sabemos, pero esta será nuestra última sesión con las niñas del aula hospitalaria. Hay ya mucha confianza tejida, con todas las niñas, con el equipo docente y sanitario, y creemos que podemos empezar a activar esos hilos que laboriosamente hemos ido lanzando.

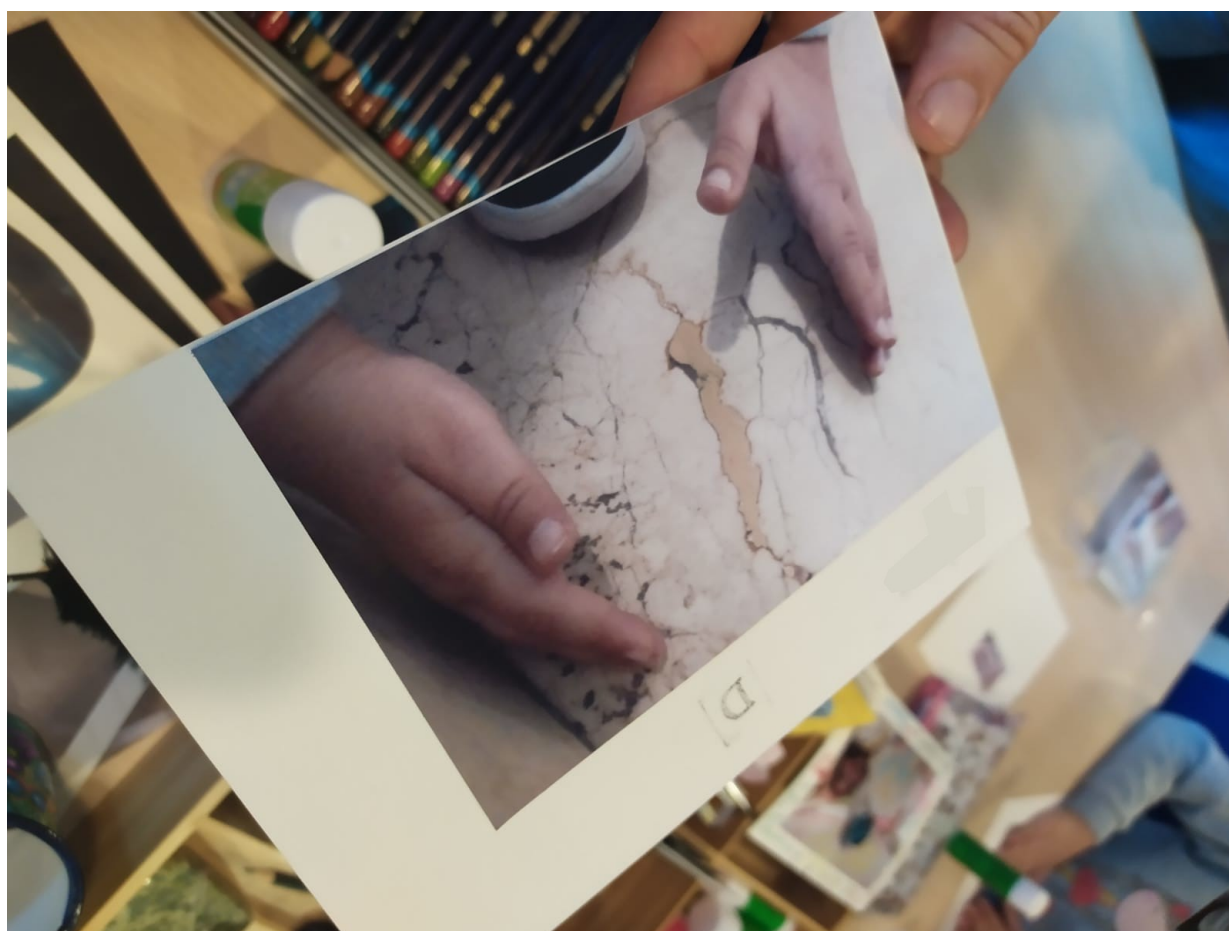
Nos reciben con algarabía y nos presentan a la Doctora García: una psiquiatra que participa de un programa de intercambio y nos acompañará durante toda la sesión. En círculo, comentamos lo que hemos visto en el museo. ¿Qué es lo que más os gustó? ¿Alguna vez visitasteis el museo de esta manera? ¿Hay arte en el museo? ¿Y fuera? ¿Qué diferencia hay entre lo que hay dentro y lo que hay fuera? ¿En qué se nota esa diferencia?

Como ya es costumbre en este taller, gira el cofre. Por turnos, van sacando lo que hay dentro. Hay objetos de cine, como un estenoscopio o una claqueta. Hay cuatro cámaras. Hay fotografías con los diferentes planos cinematográficos. Hay un *pendrive* con dos pistas de audio: la primera es un audio de Estrella, el personaje inventado que les ha hecho llegar postales y mensajes sesión a sesión. Ahora les invita a hacer una película del hospital, igual que la que hicieron en el museo. También les dice que ya tienen su "banda sonora" y les insta a escuchar la segunda pista con cascos. Se trata de un paisaje compuesto con los sonidos que ellas mismas grabaron hace unas semanas. Lo escuchan con los ojos muy abiertos. En algunas partes, se les escapan las risitas cómplices. Se miran unas a otras. Esta banda sonora es solo para ellas. Contiene el mensaje que Amy grabó.

[[Escucha el audio HAZ TODO BIEN](#)]

En el patio, repartimos los roles. Unas harán de camarógrafas, marcando los planos, como hicimos en el museo. Otras, con cámaras reales, se encargarán de la foto fija. Hacemos el mismo itinerario que recorrimos en su momento con las grabadoras, pero esta vez pasando la máquina invisible de planos de unas a otras y atreviéndonos a subir las escaleras, al primer

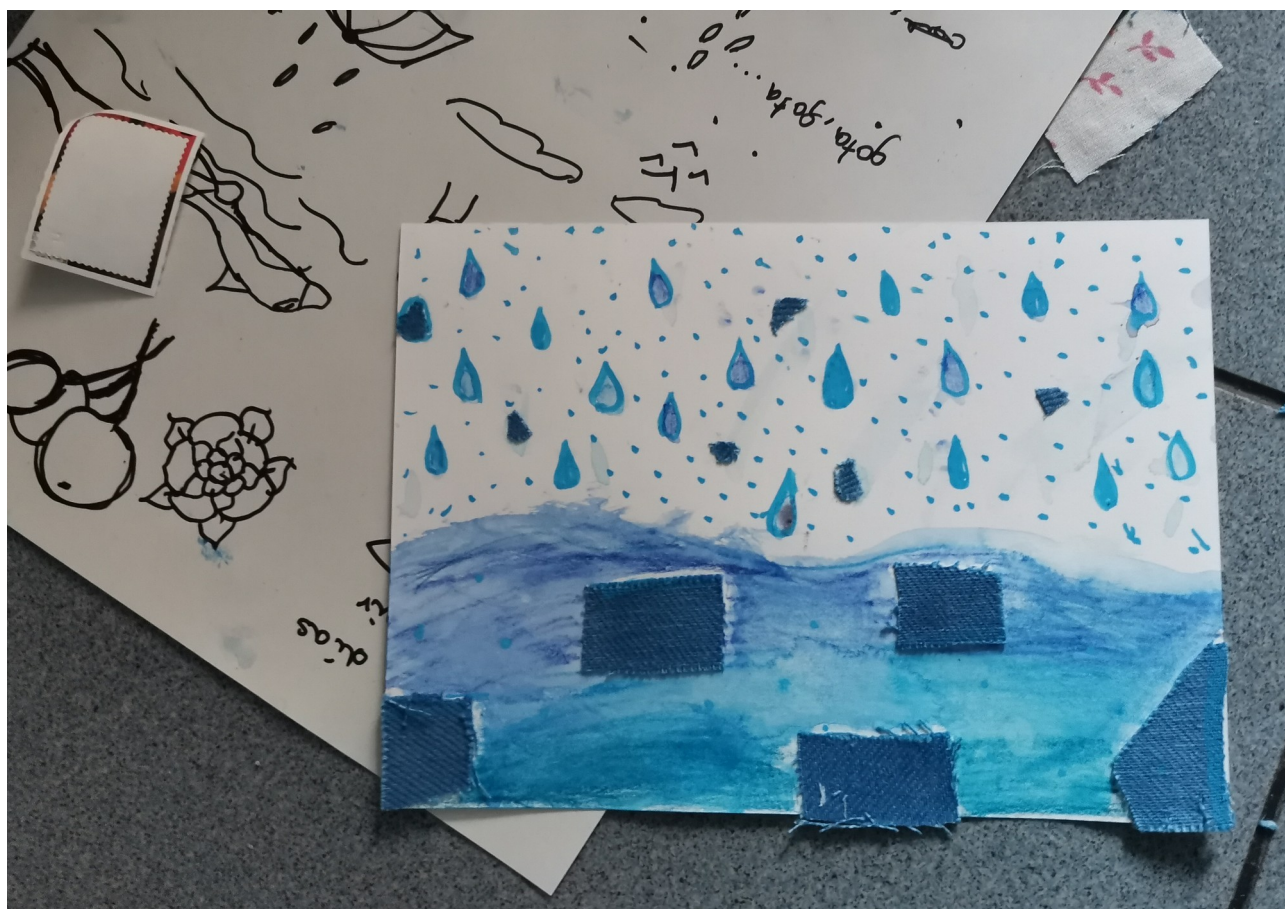
piso. Su mirada se sale ya de lo evidente y buscan las formas de las sombras, los encuadres insólitos, la poesía de la luz. El clic de las cámaras de fotos va recogiendo los momentos, que luego imprimiremos y será materia de su arte postal.



Mientras componen postales, les lanzamos un reto: ¿os apetecería enviar una postal a vuestras clases, las clases en las que estabais antes? Hay quién no, pero la mayoría sí quieren. Hablan de lo que echan de menos y de lo que no tanto. Escriben con meticulosidad y emoción palabras para sus compañeros. Añaden las direcciones.

Nos despedimos con cariño. En la puerta nos para la coordinadora para decirnos que esas postales no pueden salir de ahí. Que no pueden enviarse. Nos hablan de la protección de datos. Les enseñamos el proyecto, para que vean que era algo que estaba previsto, un trabajo

con las aulas de origen de las niñas, partiendo de postales que ellas escribieran, si querían. Les planteamos diferentes estrategias posibles para que en ningún momento se sepa los motivos de las hospitalizaciones. El no es rotundo, a pesar del abanico de alternativas que presentamos.



Año 38 a.C. Noemí era una niña especial. Se comía la plastilina, aunque ya tenía 8 años. A veces también se enfadaba y se subía a la mesa o tiraba todo por los aires, incluida alguna silla. Al resto de niños nos daba curiosidad, a veces miedo, pero también nos hacía reír: era muy divertida. Cuando estaba contenta parloteaba sin cesar y se le ocurrían los mejores juegos. Un día, nos dijeron que se había puesto malita y que estaba hospitalizada. Hasta fin de curso dedicamos un día a la semana a escribirle cartas. Recuerdo tratar de imaginarme cómo sería su vida en el hospital. Al año siguiente ya no volvió al colegio. Solo de mayor supe que Noemí había estado en una unidad psiquiátrica. Los recuerdos se me agolparon en la memoria y lamenté que hubiera desaparecido de nuestras vidas.

Semana 2 a.C. Pasamos toda la semana tratando de negociar alguna propuesta con el equipo docente del aula hospitalaria. Como se niegan por completo a cualquier taller en los colegios de origen de las niñas, les presentamos una nueva propuesta por escrito. La idea es hacer talleres postales con los destinatarios de sus primeras postales: amigas, familiares, el propio equipo del aula hospitalaria. Visitamos a la coordinadora y conseguimos un sí, pero enseguida nos lo echan para atrás. Proponemos, por fin, hacer una pequeña exposición con algunas de las postales que se han creado: las que tenemos en fotografías y las que sus autoras no enviaron porque prefirieron compartirlas con el grupo. Planteamos que la inauguración sea un momento de celebración y que las niñas puedan invitar a quien ellas quieran. Nos dicen que sí a la exposición, pero con limitaciones: que tendrá que ser en el mismo hospital, en la sala de espera de la unidad de psiquiatría. No está claro que las niñas puedan invitar a nadie a la inauguración.

Semana 1 a.C. Estamos preparando el taller para montar la exposición con las niñas cuando recibimos el anuncio de que se suspende la actividad docente en todos los centros educativos por la pandemia del Covid-19. Todas las niñas del Centro de Día ven interrumpido su tratamiento. Preguntamos si no se mantiene ninguna actividad *on-line* y nos dicen que no. Queríamos mandar postales a las niñas, decirles que nos acordamos de ellas, que las echamos de menos, explicarles por qué las postales que hicieron para sus colegios no llegaron a su destino, pero nos explican que, por protección de datos, no nos pueden facilitar sus direcciones y como el aula está cerrada, tampoco podemos entregarlas en el hospital para que se encarguen del envío sus maestras.

Semana 14 d.C. Durante el confinamiento hacemos postales para todas. Para Kumi, para Amy, para Martina, para Ainara, para Joana, Alicia, Laura, Celia, Manu. Para todas. Montamos *collages* con fotos de los talleres y paisajes oníricos que nos evocan la aventura que vivimos juntas. En la semana 14 desde el inicio del confinamiento y de la interrupción abrupta del taller, conseguimos una cita en el aula hospitalaria, para recoger el material que allí quedó. Hablamos de cómo continuar y nos ofrecen hacer charlas de arte *online* para las niñas del aula. Tenemos ganas de llorar: el umbral se torna muro. No sin frustración, entregamos las postales que hemos escrito para las niñas a la coordinadora. No sabemos si esas postales llegaron a su destino. No sabemos si les dieron calor y sostén. Nos preguntamos donde están todas las niñas, si estarán bien.



Epílogo

Esta es la crónica de un viaje en el umbral entre la salud y la enfermedad, entre el adentro de la institución y su afuera; de un esfuerzo por hacer pasar toda la vida posible por ese espacio de tránsito que es el aula hospitalaria; por conectar, desde la fragilidad, con todas las vibraciones que nos hacen seguir latiendo; por llenar de savia y multiplicar los vínculos sensibles que nos ligan al mundo y nos sostienen en él.

También es la historia de una derrota. Queríamos tejer hilos maestros y es verdad que logramos lanzar algunos hilos, pero no fueron maestros: no tuvieron la resistencia, la flexibilidad y el espesor para devenir bastidor, radios y espiral de tela de araña. Justo en el momento en que el trabajo empezaba a ganar algo de consistencia, comenzaron a cerrarse

puertas. El contexto pandémico puso la guinda y el trabajo de hilado que frágilmente habíamos iniciado quedó abruptamente interrumpido.

No obstante, igual que la araña, cuando le rompen la tela, se pone a tejer otra vez, así sentimos que quienes compartimos este viaje podemos recomenzar, allá donde estemos: ellas y nosotras, con lo poco y lo mucho que aprendimos juntas. Mientras una parte de nosotras no haya sido derrotada, y por derrotada queremos decir normalizada, anestesiada, obturada, mientras encontremos el modo de conectar con aquello que en las otras no ha sido derrotado (farmacologizado, adormecido, encapsulado), sacaremos las fuerzas para tejer y retejer los hilos que sostienen nuestra libre fragilidad –suspendidos sobre el abismo, al abrigo de ramitas de árbol o de polvorientas paredes de sótano.

Urano, julio de 2021, año 1 d.C.